

Libertad y Crecimiento Económico

¿Es el socialismo la respuesta?

Por G. CARL WIEGANG

Millones de hombres sufren hambre en Asia, en África y en Latinoamérica, y no porque el mundo no pueda producir arroz y alimento en cantidades suficientes, sino porque los dirigentes de la humanidad están ofuscados por ideologías y por una extraña confusión de valores.

Ni el capital ni los recursos naturales aseguran el crecimiento económico. Suiza es pobre en recursos naturales y su clima es áspero. No obstante, los suizos disfrutan uno de los niveles de vida más altos del mundo, gracias a que han sabido combinar con acierto el trabajo riguroso, la iniciativa privada, un profundo respeto a los derechos de la propiedad y un sentido bien desarrollado de responsabilidad social. De otro lado, Brasil, el cual es potencialmente, en términos de riqueza natural, uno de los países más ricos del mundo, depende considerablemente de la ayuda extranjera y más del cincuenta por ciento de su población sufre de nutrición insuficiente.

El «milagro» alemán, esto es, el paso en un período de quince años de la devastación total a un alto grado de prosperidad, no fue resultado de la ayuda extranjera, la cual montó efectivamente a cifras menores que los miles de millones arrebatados en forma de reparaciones, ni de los recursos naturales, sino de una política económica sana y de una fe arraigada en la iniciativa privada y en la libertad personal, convicción que fue lenta y dolorosamente adquirida durante quince años de regimentación económica.

¿A qué se debe la prosperidad de Malaya y que mantiene a las masas indonesias a un nivel próximo a la inanición? Ambos países son ricos en estaño, caucho y petróleo, pero la moneda de Malaya es estable y el país atrae inversiones extranjeras, en tanto que la rupia indonesia se vende en el mercado libre a un precio que se aproxima al veinticinco por ciento de su valor oficial. Malaya cree en la libertad económica y respeta los derechos de la propiedad privada, mientras que Indonesia coarta la iniciativa privada y fracasa finalmente en el intento de llevar a cabo sus grandiosos programas económicos.

Hace ciento cincuenta años, la India era más rica y económicamente más desarrollada que el Japón. Hoy sucede lo contrario. Solamente durante el último decenio, el ingreso nacional de Japón creció con una rapidez tres veces mayor que el de India. ¿Puede explicarse realmente esta diferencia sólo por el hecho de que India vivió casi doscientos años bajo el dominio colonial británico, en tanto que Japón fue capaz de retener su independencia?

Hace quinientos años, las grandes naciones de Asia eran más poderosas y considerablemente más ricas que las naciones de Europa. Sin embargo, doscientos años después los europeos estaban claramente en vías de convertirse en dueños de cinco continentes. El mundo no fue conquistado por recursos superiores y mayores fuerzas de combate, sino por un nuevo espíritu de iniciativa privada, de respeto hacia el trabajo y los

valores económicos, que Europa no conoció en la Edad Media y del cual carece hoy gran parte del mundo.

¿Cómo pueden los pueblos de Asia, África y Latinoamérica apoderarse del secreto que ha hecho posible el avance económico y social de Europa y América del Norte durante los últimos ciento cincuenta años? No pueden importar sistemas socio-económicos como plantas conservadas en macetas para esperar que crezcan después. Todo lo que pueden aspirar es a recoger las semillas de ideas cuidadosamente seleccionadas, plantarlas en su propio suelo y cultivar lentamente una nueva planta, que sea una combinación de su propia energía con ideas extranjeras debidamente comprobadas. Las influencias extranjeras pueden ser estimulantes, pero pueden también tener un efecto esterilizador. Una civilización mecánica importada puede fácilmente destruir los valores culturales tradicionales y acabar produciendo caos social y estancamiento económico en vez de progreso material. Japón no copió a Europa. Asimiló ciertas ideas y formas y las configuró de acuerdo con sus propias necesidades. La libre empresa, el capitalismo y el progreso económico no están basados en la «cocacolonización». Mucho más peligroso que el intento de copiar demasiado literalmente las instituciones económicas que mostraron su eficacia en el desarrollo socio-económico de otros países es, para un país subdesarrollado, la tendencia, que comparten hoy los dirigentes de muchos países subdesarrollados y muchos consejeros económicos extranjeros, a imponer ideas que, aunque sean políticamente convenientes desde el punto de vista de los dirigentes políticos, han constituido notorios fracasos en los países más desarrollados y son manifiestamente inaplicables en los países subdesarrollados. Esta afirmación es igualmente valedera para la rama totalitaria de la planificación económica, que ha convertido a un tercio del mundo en una prisión mal alimentada, y para el socialismo de tipo keynesiano o de la índole del Estado-Beneficencia que han retardado la recuperación económica de la Inglaterra de postguerra y que, en años más recientes, han sido los principales responsables de la disminución relativa de la fuerza económica de los Estados Unidos.

El socialismo totalitario y el socialismo del Estado-Beneficencia prometen el crecimiento económico y la «libertad de las necesidades». Sin embargo, ninguno de ellos puede lograr esos objetivos y, a la postre, ambos se muestran incapaces de suministrarlos, porque ambas filosofías arrancan de un esencial desconocimiento de la naturaleza humana. El hombre es algo más que un simple ente económico capaz de ser satisfecho a la larga con pan y con circo. Los comunistas se jactan de la rápida industrialización de Rusia, pero se cuidan de no mencionar la continua pobreza de las masas y la supresión de las libertades fundamentales. Los defensores de Estado-Beneficencia hablan de «libertad de las necesidades» como una base para la democracia y como una defensa contra el comunismo, pero parecen no ser capaces de percibir que su lema implica una confusión semántica, porque ellos no creen realmente en la «libertad», sino más bien en una política bajo la cual el individuo renuncia a su libertad a cambio de la seguridad económica suministrada por un Estado más o menos poderoso*. Esto no es obviamente una idea nueva, incluso aunque se presente como tal a las masas históricamente iletradas del siglo XX. El mismo deseo de seguridad económica que presenciamos hoy prevaleció durante los convulsos años de desintegración del imperio romano y condujo gradualmente al sistema feudal y a la servidumbre de la Edad Media. Los esclavos y los siervos de otras épocas disfrutaban, cuando tenían un buen dueño, un grado considerable de seguridad económica. Pero los dueños buenos tienen tendencia a convertirse en tiranos, y nadie asegura al

moderno aspirante a siervo que su nuevo dueño, el Estado todopoderoso, ha de permanecer siendo benévolo. Los millones de kulaks exterminados en el curso de las reformas económicas de Stalin, y los veinte millones de chinos que perecieron como parte del costo que pagó China por su industrialización, son horribles y silenciosos monumentos a la nueva filosofía de la «libertad de las necesidades». Nadie disfruta de mayor seguridad económica que el prisionero de una cárcel. Americana sentenciado a una pena vitalicia. El Estado se ocupa de satisfacer todas sus necesidades materiales. Pero ¿Cuántos habitantes de los países subdesarrollados cambiarían su libertad personal, por desesperada que sea su miseria económica, por el nivel de vida relativamente alto de una prisión americana?

Suponer que el Estado totalitario incrementa notablemente el nivel medio de vida es contrario a toda lógica, aun en el supuesto de que Rusia no suministre amplio testimonio contra esta fe ingenua en la benevolencia totalitaria. Como cualquier organismo, el Estado Leviathan requiere constantemente aumentar su propio poder: armas en lugar de alimentos, cohetes lunares en vez de vivienda adecuada. En razón de su propia naturaleza, el Estado total no puede permitir que aumente la libertad personal o la fuerza económica del individuo. Se nos dice que todo esto es diferente en el caso del Estado-Beneficencia socialista, como si el socialismo fabiano no hubiera sido refutado por los experimentos socialistas de postguerra del Partido Laborista británico, de los cuales no se ha recuperado todavía del todo la economía británica. Intelectuales de todas las partes del mundo gustan de oponerse a los principios éticos del sistema de libre empresa, que están supuestamente basados en la codicia y en el egoísmo asocial, y apoyan, en cambio, la ética del socialismo. Pero aun prescindiendo del completo fracaso del socialismo para suministrar el progreso económico que promete, sus argumentos éticos están basados en una ilusión. El socialismo tiene todos los puntos débiles y ninguno de los puntos fuertes del totalismo y de la libre empresa. A la vez que carece de la brutalidad del Estado totalitario, carece también de la fuerza que hace posible un crecimiento económico forzado a costa de la libertad y del bienestar individual. De otro lado, el socialismo paraliza los poderes dinámicos de la libre empresa, la cual proporcionó a Europa durante el siglo XIX un nivel de vida rápidamente creciente, un tremendo aumento del poder económico y una expansión sin precedentes de las libertades personales. Los socialistas modernos, en no menor grado que los defensores del comunismo, son, en el siglo XX, los continuadores de Hobbes, el gran defensor del absolutismo del siglo XVII, que sostenía, al igual que sostienen hoy los planificadores de nuestro tiempo, que el hombre es inherentemente asocial e incapaz de usar racionalmente su poder adquisitivo, y que ello hace necesario un Estado poderoso para frenar al individuo y regular la producción y el consumo.

No hay que esperar que los socialistas, los intervencionistas estatificadores y los planificadores económicos aprendan con los fracasos de sus propios experimentos. Todos ellos se parecen a aquel hombre que imaginaba que sabía volar, y cuando intentaba demostrarlo se rompió una pierna saltando desde la ventana de un segundo piso. «Lo que me ocurrió --arguyó-- es que no tenía suficiente altura»; y cuando sanó de su pierna saltó desde el sexto piso y se mató. Cuando se comprueba que el gasto de mil millones de dólares en un experimento económico ha sido un derroche total de dinero, los planificadores de la economía aseguran a los votantes que hubieran tenido éxito si al menos hubieran podido gastar diez mil millones.

El mayor destinatario de ayuda económica americana es, con gran diferencia, no India, Corea o cualquier otro país subdesarrollado, sino la propia economía agrícola norteamericana, esto es, una actividad intensamente mecanizada y científicamente manejada. Solamente en el año fiscal 1961-62 los subsidios agrícolas montaron a 5 mil millones de dólares, lo que se compara con un ingreso neto total de los agricultores americanos, incluyendo los subsidios, de 12,7 miles de millones de dólares en 1961. Sin embargo, la ayuda gubernamental, la planificación y la regimentación constantemente creciente no han curado los males de la agricultura americana. He aquí lo que hubo de decir el Presidente de la *American Farm Bureau Federation*, una de las dos grandes organizaciones de agricultores americanos: «América ha sido conocida como la tierra de la oportunidad, pero la oportunidad depende de la libertad y la libertad significa responsabilidad individual y no el imperio de la coacción gubernamental. El gobierno intervencionista elimina la libertad de elección porque desprecia la capacidad de los individuos para saber qué es lo mejor para ellos. El resultado es que aquellos que favorecen la intervención gubernamental ven en el sistema de precios de mercado el principal blanco de ataque y propician su sustitución por los precios regulados y los controles».

Mahatma Gandhi percibió los peligros del Estado todopoderoso cuando escribió: «Aun cuando aparentemente hace el bien procurando reducir al mínimo la explotación, el Estado causa el más grande de los perjuicios a la humanidad al destruir la individualidad, que es la raíz de todo progreso. El Estado representa la violencia en una forma concentrada y organizada... El Estado es una máquina desalmada; no puede ser desligado de la violencia, a la cual debe su propia existencia». Tampoco creía Gandhi en el Estado socialista planificado: «Los controles originan el fraude, la supresión de la verdad, la intensificación del mercado negro y la escasez artificial. Por encima de todo desalientan a los hombres y los despojan de iniciativa, anulan la confianza en el esfuerzo propio que les ha sido enseñada durante una generación. Los convierte en sujetos manejados y desprovistos de capacidad de acción». Cómo difieren esas palabras del lenguaje del Primer Ministro Nehru: «Sin libertad social y sin una estructura socialista de la sociedad y del Estado, no pueden desarrollarse ni el país ni el individuo: Un verdadero gobierno del pueblo y para el pueblo sólo puede establecerse cuando las masas detentan el poder, esto es, cuando bajo el socialismo, todos participan efectivamente en el gobierno y en la riqueza del país».

La filosofía del Sr. Nehru --y esa filosofía es compartida por muchos economistas y políticos americanos--- descansa en dos falsas premisas: que un Estado socialista o totalitario es realmente una «república popular», en la cual el pueblo, tiene un poder de elección; y que el pueblo, en lugar de la burocracia dominante --o el Estado como un Moloch-- disfruta la riqueza del país.

El colectivismo no es nada nuevo. Fue derrocado en Europa y en América del Norte en tres grandes combates: la gloriosa revolución de 1788 en Inglaterra, la revolución americana de 1776 y la revolución francesa en 1789. En los tres casos, el poder pasó de la aristocracia gobernante y su proliferante burocracia a la clase media empresarial, y ello fue el paso que precipitó el rápido crecimiento económico de Europa y Norteamérica. El socialismo y el totalitarismo moderno tienen todos los rasgos característicos del absolutismo y mercantilismo europeo de hace trescientos o cuatrocientos años: la sustitución de la conciencia social por un nacionalismo agresivo, la glorificación del Estado, el desdén por el

individuo, el énfasis en las manipulaciones fiscales y monetarias, y un ingenuo pragmatismo económico que se desconoce las fuerzas económicas.

Las mismas ideas que Europa y Norteamérica tuvieron que derrotar para que pudieran desarrollarse sus economías, son presentadas hoy a los países subdesarrollados, incluyendo a la India, como una fórmula encaminada a lograr el crecimiento económico.